Una Canción de Navidad

CHARLES DICKENS

BÄRENHAUS

CHARLES DICKENS

Una Canción de Navidad

EN PROSA

QUE ES

UNA HISTORIA NAVIDEÑA DE FANTASMAS

BÄRENHAUS EDITORIAL

ILUSTRACIONES DE JOHN LEECH

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE PABLO INGBERG

BÄRENHAUS

PRIMERA ESTROFA

El Fantasma de Marley

BÄRENHAUS
EDITORIAL

Marley estaba muerto, por empezar. No cabe ninguna clase de duda al respecto. El acta de su entierro estaba firmada por el pastor, el funcionario, el funerario y el principal allegado. Scrooge la firmó: y el nombre de Scrooge era bueno en el mercado de valores para cualquier cosa en la que él eligiera meter mano. El viejo Marley estaba más muerto que un clavo de puerta.

¡Atención! No pretendo decir que yo conozca, por conocimiento propio, qué es lo que hay en especial de muerto en un clavo de puerta. Yo, por mi parte, me habría inclinado por considerar un clavo de ataúd como el artículo más muerto del ramo de la ferretería. Pero en ese símil está la sabiduría de nuestros antepasados;[1] y mis manos profanas no van a perturbarlo; de lo contrario, nuestro país está perdido. Por lo tanto, me permitirán repetir, enfáticamente, que Marley estaba más muerto que un clavo de puerta.

BÄRENHAUS EDITORIAL

---

1 El antiquísimo dicho inglés *dead as a door-nail* ("muerto como un clavo de puerta", es decir, "completamente muerto") está atestiguado desde el siglo XIV.

¿Scrooge sabía que él estaba muerto? Por supuesto que sí. ¿Cómo podía no saberlo? Scrooge y él fueron socios durante no sé cuántos años. Scrooge era su único albacea, su único administrador, su único beneficiario, su único legatario restante, su único amigo y su único allegado en el entierro. Y Scrooge ni siquiera estaba tan horriblemente hecho pedazos por el triste suceso, sino que fue un excelente hombre de negocios el día mismo del funeral y lo solemnizó con una indudable ganga.

La mención del funeral de Marley me lleva de vuelta al punto desde donde partí. No cabe ninguna duda de que Marley estaba muerto. Eso debe entenderse claramente, de lo contrario nada maravilloso podrá provenir de la historia que voy a relatar. Si no estuviéramos totalmente convencidos de que el padre de Hamlet murió antes que empezara la obra, no habría nada más notable en que diera un paseo nocturno, con brisa del este, por sus propias murallas, que en la temeraria salida de un caballero de mediana edad tras el anochecer por un sitio ventoso —pongamos por caso el camposanto de la iglesia de San Pablo—, para paralizar de asombro, literalmente, la mente débil de su hijo.

Scrooge nunca tapó con pintura el apellido del viejo Marley. Allí seguía, años después, arriba de la puerta del almacén: Scrooge y Marley. La firma era conocida como Scrooge y Marley. A veces gente nueva en el negocio llamaba Scrooge a Scrooge y a veces lo llamaba Marley, pero él respondía a ambos apellidos. Le daba lo mismo.

BÄRENHAUS EDITORIAL

¡Ah! ¡Pero qué mano agarrada tenía con la piedra de afilar, ese Scrooge! ¡Qué viejo pecador exprimidor, extractor, apretador, aferrador, codicioso! Duro y filoso como el pedernal, con el que nunca ningún acero produjo fuego generoso; reservado, y parco, y solitario como una ostra. El frío de su interior le helaba las viejas facciones, le recortaba la nariz puntiaguda, le arrugaba la mejilla, le atiesaba el andar; le enrojecía los ojos, le azulaba los finos labios; y hablaba con astucia en su voz rechinante. Había escarcha en su cabeza, y en sus cejas, y en su hirsuto mentón. Llevaba siempre consigo su baja temperatura; congelaba su oficina en la canícula; y no la deshelaba ni un grado en Navidad.

El calor y el frío externos tenían poca influencia en Scrooge. Ninguna tibieza lo entibiaba, ningún clima invernal lo enfriaba. Ningún viento que soplase era más gélido que él, ninguna nieve que cayese era más decidida en sus propósitos, ninguna lluvia torrencial menos abierta a las súplicas. El mal clima no sabía por dónde pescarlo. La más potente lluvia, y nieve, y granizo, y cellisca, sólo podían jactarse de aventajarlo en un único aspecto. Con frecuencia disminuían generosamente su caudal; Scrooge, jamás.

Jamás nadie lo paró en la calle para decirle, con expresión alegre: "Mi querido Scrooge, ¿cómo está? ¿Cuándo va a venir a verme?". Ningún mendigo le imploró que le concediera una nimiedad, ningún niño le preguntó la hora, ningún hombre ni mujer le consultó jamás a

BÄRENHAUS EDITORIAL

Scrooge, ni siquiera una vez en toda su vida, el camino hasta tal y tal lugar. Incluso los perros de los ciegos parecían conocerlo; y, cuando lo veían venir, tironeaban a sus dueños hasta los umbrales y hacia el interior de los patios; y luego meneaban la cola como si dijeran: "¡No tener ojos es mejor que tener ojos malvados, amo mío a oscuras!".

Pero ¿qué le importaba eso a Scrooge? Era justamente lo que le gustaba. Abrirse paso por los atestados senderos de la vida, advirtiendo a toda compasión humana que mantuviera distancia, era para Scrooge lo que los conocedores llaman "una delicia".

Érase una vez –de entre todos los días buenos del año, en Nochebuena– en que el viejo Scrooge estaba ocupado en su contaduría. El clima estaba frío, crudo, cortante; neblinoso además; y él alcanzaba a oír a la gente, afuera en el patio, jadear de un lado a otro, golpearse el pecho con las manos y estampar los pies contra las baldosas para calentárselos. Los relojes de la ciudad acababan de dar las tres, pero ya estaba muy oscuro –no había habido luz en todo el día– y en las ventanas de las oficinas del vecindario brillaban velas, como manchas rojizas en el aire pardo palpable. La neblina entraba por todos los resquicios y los ojos de las cerraduras y afuera era tan densa que, aunque el patio era de los más estrechos, las casas de enfrente semejaban meros aparecidos. Viendo descender la lóbrega nube que oscurecía todo, uno hubiera pensado que la naturaleza vivía muy cerca y estaba elaborando a gran escala algo fuerte.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Scrooge mantenía abierta la puerta de la contaduría para vigilar a su empleado, que, del otro lado, en una celdita sombría, una especie de mazmorra, copiaba cartas. Tenía un fuego muy pequeño Scrooge, pero el fuego del empleado era tanto más pequeño que parecía de un solo carbón. Pero no podía alimentarlo, pues Scrooge guardaba la caja del carbón en su oficina; y con seguridad, en cuanto el empleado entraba con la pala, el patrón pronosticaba que sería necesario que se separaran. Con lo cual el empleado se ponía su bufanda blanca y trataba de calentarse con la vela; esfuerzo en el que, no siendo hombre de imaginación potente, fracasaba.

—¡Feliz Navidad, tío! ¡Dios lo guarde! —exclamó una voz entusiasta. Era la voz del sobrino de Scrooge, que se había acercado a él tan rápido que ése fue el primer indicio que tuvo de su aproximación.

—¡Bah! —dijo Scrooge—. ¡Tonterías!

Se había acalorado tanto con la veloz caminata entre la neblina y la escarcha, este sobrino de Scrooge, que era todo rubor; tenía la cara rubicunda y hermosa; sus ojos centelleaban y su respiración humeaba otra vez.

—¿Tonterías la Navidad, tío? —dijo el sobrino de Scrooge—. No querrá decir eso, con seguridad.

—Sí, quiero —dijo Scrooge—. ¿Feliz Navidad? ¿Qué derecho tiene usted a estar feliz? ¿Qué razón tiene para estar feliz? Es bastante pobre.

BÄRENHAUS EDITORIAL

—A ver, entonces —respondió jocoso el sobrino—. ¿Qué derecho tiene usted de estar taciturno? ¿Qué razón tiene para estar malhumorado? Es bastante rico.

Scrooge, a falta de mejor respuesta disponible en la inspiración del momento, dijo: "¡Bah!" otra vez; y remató con un "¡Tonterías!".

—¡No se enoje, tío! —dijo el sobrino.

—¿Cómo no voy a enojarme —respondió el tío— cuando vivo en un mundo de necios como éste? ¡Feliz Navidad! ¡Basta de feliz Navidad! ¿Qué es para usted la época de Navidad sino un momento de pagar cuentas sin tener dinero; un momento para descubrirse un año más viejo, pero ni una hora más rico; un momento de hacer el balance y encontrarse con que el saldo de cada anotación en los libros a lo largo de una docena entera de meses es un peso muerto en su contra? Si yo pudiera hacer mi voluntad —dijo indignado Scrooge—, a todos los idiotas que van por ahí con su "Feliz Navidad" en la boca los haría hervir con su propio budín y enterrarlos con una estaca de acebo atravesada en el corazón.[2] ¡Eso habría que hacerles!

—¡Tío! —suplicó el sobrino.

BÄRENHAUS EDITORIAL

---

2 Las ramas de acebo son en Inglaterra un típico adorno navideño. Además, como en el hemisferio norte la Navidad cae en invierno, se las verá mencionadas más adelante como "emblema invernal".

—¡Sobrino! —respondió el tío con severidad—, celebre la Navidad a su manera y permítame celebrarla a la mía.

—¡Celebrarla! —repitió el sobrino de Scrooge—. ¡Pero si usted no la celebra!

—Permítame dejarla en paz, entonces —dijo Scrooge—. ¡Que le haga a usted mucho bien! ¡Como si le hubiera hecho alguna vez mucho bien!

—Hay muchas cosas de las que podría haber sacado algo bueno y que no supe aprovechar, me parece —respondió el sobrino—. La Navidad entre otras. Pero estoy seguro de haber pensado siempre en el momento de la Navidad, cuando volvía (aparte de la veneración debida a su sagrado nombre y origen, si es que puede apartarse de eso algo relativo a ella), como un momento bueno; un momento amable, perdonador, caritativo, grato; el único momento, que yo sepa, del largo calendario del año, en que hombres y mujeres parecen estar de unánime acuerdo en abrir libremente sus cerrados corazones, y en pensar en las personas que están por debajo de ellos como si fuesen de veras compañeras de viaje hacia la tumba y no como otra raza de criaturas embarcadas hacia otros destinos. Y por lo tanto, tío, aunque la Navidad jamás me puso ni una pizca de oro o plata en el bolsillo, creo que me ha hecho bien y va a hacerme bien; y digo: ¡Que Dios la bendiga!

El empleado aplaudió involuntariamente en la mazmorra. Al caer de inmediato en la cuenta de su incorrección, atizó el fuego y extinguió la última endeble chispa para siempre.

BÄRENHAUS EDITORIAL

—¡Escucho otro ruido suyo —dijo Scrooge— y celebra la Navidad con la pérdida del puesto! Es usted un orador muy potente, señor —agregó, volviéndose hacia el sobrino—. Me pregunto por qué no entra en el Parlamento.

—No se enfurezca, tío. ¡Vamos! Venga mañana a comer con nosotros.

Scrooge dijo que antes iba a verlo..., sí, eso dijo. Llegó hasta el final de esa expresión y dijo que antes iba a verlo en aquel lugar extremo.[3]

—Pero ¿por qué? —exclamó el sobrino de Scrooge—. ¿Por qué?

—¿Por qué te casaste? —dijo Scrooge.

—Porque me enamoré.

—¡Porque me enamoré! —refunfuñó Scrooge, como si eso fuera lo único más ridículo en el mundo que un Feliz Navidad—. ¡Buenas tardes!

—Vamos, tío, si usted nunca vino a verme antes que eso pasara. ¿Por qué darlo ahora como razón para no venir?

—Buenas tardes —dijo Scrooge.

—No preciso nada de usted; no pido nada de usted; ¿por qué no podemos ser amigos?

—Buenas tardes —dijo Scrooge.

—Lamento, de todo corazón, encontrarlo tan resuelto. Jamás hemos tenido una pelea en la cual yo haya sido parte. Pero hice la prue-

BÄRENHAUS EDITORIAL

3 La expresión inglesa trunca a la que alude sería, completa, “antes te veré en el infierno”.

ba en homenaje a la Navidad y voy a mantener mi humor navideño hasta el fin. Así que ¡Feliz Navidad, tío!

—Buenas tardes —dijo Scrooge.

—¡Y Feliz Año Nuevo!

—Buenas tardes —dijo Scrooge.

El sobrino salió de la estancia sin una sola palabra airada, sin embargo. Se detuvo frente a la puerta de calle para ofrecerle el saludo de ese momento al empleado, quien, por frío que estuviera, estuvo más cálido que Scrooge; pues lo retribuyó cordialmente.

—Ahí tenemos a otro tipo —masculló Scrooge, que había alcanzado a oírlo—: mi empleado, con quince chelines a la semana, y esposa y familia, hablando de una feliz Navidad. Voy a retirarme al Bedlam.[4]

Aquel lunático, al abrir la puerta para que saliera el sobrino de Scrooge, había hecho pasar a otras dos personas. Eran caballeros corpulentos, de aspecto grato, y ahora estaban, con la cabeza descubierta, en la oficina de Scrooge. Tenían en las manos libros y papeles y lo saludaron con una inclinación.

—Scrooge y Marley, creo —dijo uno de los caballeros, consultando su lista—. ¿Tengo el placer de dirigirme al señor Scrooge o al señor Marley?

BÄRENHAUS EDITORIAL

---

4 Antiguo manicomio londinense. Un equivalente en Buenos Aires sería: “Voy a internarme en el Borda”.

—El señor Marley lleva los últimos siete años muerto —repuso Scrooge—. Murió hace siete años, esta misma noche.

—No nos cabe duda de que su liberalidad está bien representada por su socio superviviente —dijo el caballero, mostrando sus credenciales.

Claro que estaba bien representada; pues habían sido dos almas gemelas. Ante la ominosa palabra "liberalidad", Scrooge se puso ceñudo y meneó la cabeza y devolvió las credenciales.

—En este festivo momento del año, señor Scrooge —dijo el caballero, tomando una pluma—, es más deseable de lo habitual hacer alguna pequeña provisión para los pobres y los indigentes, que sufren mucho en el momento actual. Muchos miles viven en la carencia de sus necesidades básicas comunes; cientos de miles viven en la carencia de las comodidades comunes, señor.

BÄRENHAUS EDITORIAL

—¿No hay cárceles? —preguntó Scrooge.

—Hay un montón de cárceles —dijo el caballero, dejando la pluma.

—¿Y los asilos de pobres? —demandó Scrooge—. ¿Siguen funcionando?

—Sí, siguen —respondió el caballero—. Ojalá pudiera decir que no.

—¿La rueda de molino[5] y la Ley de Pobres están en pleno vigor, entonces? —dijo Scrooge.

---

5 Utilizada antiguamente para la molienda de granos, se accionaba mediante fuerza animal o humana; en algunas cárceles inglesas era ése uno de los trabajos forzados.

—Muy activas ambas, señor.

—¡Ah! Me dio miedo, por lo que dijo usted al principio, de que hubiera ocurrido algo que las detuviera en la utilidad de su marcha —dijo Scrooge—. Me alegra mucho oírle decir eso.

—Con la impresión de que no proporcionan gran consuelo mental o corporal a la multitud —respondió el caballero—, algunos de nosotros estamos procurando recaudar fondos para comprarles a los pobres algo de comer y de beber y medios para calefaccionarse. Elegimos este momento, porque es un momento en que, respecto a todos los demás, se sienten con mayor agudeza la carencia y con mayor regocijo la abundancia. ¿Con cuánto lo anoto?

—¡Con nada! —repuso Scrooge.

—¿Quiere mantener el anonimato?

—Quiero que me dejen en paz —dijo Scrooge—. Ya que me preguntan qué quiero, caballeros, ésa es mi respuesta. Yo no me hago feliz en Navidad y no puedo permitirme hacer feliz a gente ociosa. Ayudo a sostener los establecimientos que he mencionado: cuestan bastante;[6] y quienes andan mal de dinero deben ir ahí.

—Muchos no pueden ir ahí; y muchos preferirían morirse.

BÄRENHAUS EDITORIAL

---

6 Cárceles y asilos de pobres se financiaban con impuestos como los que pagaba Scrooge.

—Si prefieren morirse —dijo Scrooge—, mejor que se mueran y disminuya el exceso de población. Además, discúlpenme, yo eso no lo sé.

—Pero podría saberlo —observó el caballero.

—No es asunto mío —respondió Scrooge—. A un hombre le basta con entender sus propios asuntos y no interferir en los de otras personas. Los míos me ocupan constantemente. ¡Buenas tardes, caballeros!

Viendo con toda claridad que sería inútil proseguir con la cuestión, los caballeros se retiraron. Scrooge reanudó sus tareas con mejor opinión sobre sí mismo y con humor más jocoso que lo usual en él.

Entretanto la neblina y la oscuridad se habían hecho tan densas, que corrían personas por ahí con teas llameantes, ofreciendo el servicio de ir delante de los caballos de los carros para guiarlos por su camino. La antigua torre de una iglesia, cuya vieja campana ronca espiaba siempre a Scrooge a hurtadillas por una ventana gótica de la pared, se volvió invisible y daba las horas y los cuartos de hora en las nubes, con vibraciones trémulas después como si allá arriba le castañetearan los dientes en la cabeza congelada. El frío se hizo intenso. En la calle principal, en la esquina del patio, unos obreros reparaban las cañerías de gas y habían encendido en un brasero un fuego grande, en torno al cual se había congregado un grupo de hombres y chicos andrajosos: calentándose las manos y guiñando los ojos ante la llamarada en éxtasis. Dejada en soledad la toma de agua, sus desbordes se congelaban hoscos y se convertían en misántropo hielo. El

BÄRENHAUS EDITORIAL

resplandor de las tiendas, donde ramitas y bayas de acebo crujían al calor de las lámparas de sus escaparates, volvían rubicundas las caras pálidas que pasaban. Los oficios de polleros y almaceneros se convertían en una espléndida broma: un espectáculo glorioso, con el cual era casi imposible creer que tuvieran algo que ver principios tan insulsos como el regateo y la venta. El alcalde, en el baluarte de su poderosa residencia, daba órdenes a sus cincuenta cocineros y mayordomos para celebrar la Navidad como debía el entorno doméstico de un alcalde; y hasta el sastre bajito, a quien él había multado el lunes anterior por estar borracho y sediento de sangre en las calles, revolvía en su desván el budín para el día siguiente, mientras su flaca esposa y el bebé hacían una incursión a comprar la carne.

Más neblina todavía, y más frío. Frío penetrante, punzante, cortante. Si el buen san Dunstán[7] le hubiera pellizcado nomás la nariz al Espíritu Maligno con un toque de un clima semejante, en vez de usar sus armas habituales, entonces éste habría rugido con vigorosa determinación. El dueño de una escasa nariz joven, roída y mascullada por el hambriento frío como roen huesos los perros, se inclinó ante el ojo de la cerradura de Scrooge para agasajarlo con una canción de Navidad; pero a los primeros sones de:

BÄRENHAUS EDITORIAL

---

7 Eclesiástico y político inglés del siglo x, canonizado por la Iglesia Católica.

¡Dios lo bendiga, alegre caballero!
¡Que no lo aflija nada![8]

Scrooge agarró la regla con tal energía, que el cantor huyó aterrado, dejándoles el ojo de la cerradura a la neblina y a la escarcha, más simpática todavía.

Al fin llegó la hora de cerrar la contaduría. De mala gana Scrooge se desmontó de su escabel y admitió tácitamente ese hecho ante el empleado expectante en la mazmorra, quien al instante apagó la vela de un soplido y se puso el sombrero.

—Querrá todo el día de mañana, supongo —dijo Scrooge.

—Si resulta conveniente, señor.

—No resulta conveniente —dijo Scrooge— y no resulta justo. Si le retuviera por eso media corona, se creería maltratado, estoy seguro.

El empleado esbozó una leve sonrisa.

—Y sin embargo —dijo Scrooge—, no me cree maltratado a mí cuando pago el salario de un día no trabajado.

El empleado observó que era una sola vez al año.

—¡Qué excusa pobre para meterle a un hombre la mano en el bolsillo todos los veinticinco de diciembre! —dijo Scrooge, abotonándose

BÄRENHAUS EDITORIAL

---

8 Versión levemente modificada de un villancico navideño inglés tradicional: “¡Dios os haga felices, caballeros!”, etc.

el sobretodo hasta el mentón—. Pero supongo que tiene que tomarse el día entero. Venga bien temprano a la mañana siguiente.

El empleado prometió eso; y Scrooge salió con un gruñido. La oficina quedó cerrada en un abrir y cerrar de ojos y el empleado, con los largos extremos de su bufanda blanca pendientes por debajo de la cintura (pues no se ufanaba de sobretodo), bajó por un tobogán, al final de una fila de chicos, veinte veces, en honor a que era Nochebuena, y luego corrió a su casa en Camden Town lo más rápido que pudo, a jugar al gallito ciego.

Scrooge comió su melancólica comida en su melancólica taberna habitual; y, una vez leídos todos los periódicos y engañado el resto de la velada con su libro de bancos, se fue a casa a dormir. Vivía en aposentos que antaño habían sido de su difunto socio. Era un lúgubre conjunto de habitaciones, en una mole sombría levantada sobre un patio, donde parecía tan fuera de lugar, que era difícil no fantasear que debía de haber corrido hasta allí cuando era una casa joven, jugando a las escondidas con otras casas, y olvidado el camino de vuelta. Ahora era bastante vieja, y bastante inhóspita, pues nadie vivía allí salvo Scrooge, en tanto las demás habitaciones estaban alquiladas como oficinas. El patio estaba tan oscuro que incluso Scrooge, que le conocía cada piedra, precisaba ir tanteando con las manos. La neblina y la escarcha colgaban de tal modo en torno al viejo portón negro de la casa, que parecía que el Genio del Clima estuviera sentado en doliente meditación sobre el umbral.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Ahora bien, es cierto que no había nada de particular en la aldaba de la puerta, excepto que era muy grande. También es cierto que Scrooge la había visto, cada noche y mañana, a lo largo de toda su residencia en ese lugar; también que Scrooge tenía en sí tan poco de lo que se llama fantasía como cualquier hombre de esa zona de Londres, aun incluyendo —audaz decirlo— al ayuntamiento, los concejales y los agremiados. Téngase también en mente que Scrooge no había concedido ni un solo pensamiento a Marley, desde que mencionara aquella tarde a su socio fallecido siete años atrás. Y entonces que alguien me explique, si puede, cómo sucedió que Scrooge, una vez introducida la llave en la cerradura de la puerta, vio en la aldaba, sin que ésta experimentase entre medio ningún proceso de transformación, no una aldaba, sino la cara de Marley.

La cara de Marley. No estaba en la sombra impenetrable como los demás objetos del patio, sino que tenía en sí una luz mortecina, como una langosta podrida en un sótano oscuro. No estaba enojada ni feroz, sino que miraba a Scrooge como solía mirarlo Marley: con anteojos fantasmales alzados sobre la frente fantasmal. Tenía el pelo curiosamente revuelto, como por efecto de un soplido o de un aire caliente; y, aunque tenía los ojos bien abiertos, estaban completamente inmóviles. Eso, y el tinte lívido, la hacían horrible; pero ese horror parecía estar a pesar de la cara y fuera de su control, antes que como parte de su expresión.

Mientras Scrooge miraba fijo ese fenómeno, volvió a ser una aldaba.

Decir que no se sobresaltó, o que su sangre no fue conciente de

BARENHAUS EDITORIAL

una terrible sensación que le había sido ajena desde la infancia, no sería cierto. Pero puso la mano en la llave que había soltado, la giró con energía, entró y encendió su vela.

Hizo una pausa, sí, con momentánea irresolución, antes de cerrar la puerta; y miró primero atrás, sí, con cautela, como si a medias esperara aterrarse ante el espectáculo de la coleta de Marley asomada del lado del vestíbulo. Pero en la parte interior de la puerta no había nada, excepto los tornillos y las tuercas que sujetaban la aldaba, así que dijo: "¡Bah, bah!" y la cerró de un portazo.

El ruido resonó por la casa como un trueno. Cada habitación de arriba y cada barril de las bodegas del vinatero de abajo parecieron tener un repique de ecos propios. Scrooge no era hombre de asustarse por ecos. Aseguró la puerta y cruzó el vestíbulo y subió la escalera; despacio, además: despabilando la vela mientras avanzaba.

Uno puede hablar vagamente sobre pasar con un cochazo de seis caballos por encima de un buen tramo de escalera, o por encima de una mala ley reciente del Parlamento;[9] pero quiero decir

BÁRBARHAUS EDITORIAL

9 La expresión inglesa "atravesar con un coche de caballos" un argumento o afines significa destruirlo o echarlo abajo, poniendo de relieve los huecos o defectos que presenta, tan grandes que, figuradamente, hasta podría pasar a través de ellos un coche de caballos. La traducción le corresponde con nuestra expresión figurada "pasar por encima", en el sentido de "aplastar" (por ejemplo un argumento).

en serio que por esa escalinata uno podría haber subido en una carroza fúnebre, y a lo ancho, con el varal hacia la pared y la puerta hacia las balaustradas, y con total facilidad. Había amplitud en abundancia para eso, y espacio de sobra; razón por la cual, quizá, Scrooge creyó ver un coche fúnebre locomotor en movimiento delante de él en la penumbra. Media docena de faroles de gas provenientes de la calle no habrían alumbrado demasiado bien la entrada, así que es posible suponer que con la candela de Scrooge estaba bastante oscuro.

Hacia arriba siguió Scrooge, sin que le importara un comino. La oscuridad es barata y a Scrooge le gustaba. Pero antes de cerrar su pesada puerta, recorrió sus habitaciones para ver si estaba todo bien. Tenía suficiente recuerdo de aquella cara para desear hacer eso.

Sala de estar, dormitorio, trastero. Todo como debía estar. Nadie debajo de la mesa, nadie debajo del sofá; un pequeño fuego en la chimenea; cuchara y tazón dispuestos; y la cacerolita con gachas (Scrooge estaba resfriado) en el fogón. Nadie debajo de la cama; nadie en el armario; nadie dentro de su bata, que estaba colgada en actitud sospechosa contra la pared. Trastero como de costumbre. El viejo guardafuego, dos canastas para pescado, lavamanos con tres patas y un atizador.

Bastante satisfecho, cerró la puerta y se encerró con llave; doble vuelta, lo que no era habitual. Asegurado así contra cual-

BÄRENHAUS EDITORIAL

quier sorpresa, se sacó el pañuelo de cuello; se puso la bata y las pantuflas y el gorro de dormir, y se sentó frente al fuego a comer las gachas.

El fuego estaba muy bajo, en efecto; una nada para una noche tan gélida. Se vio forzado a sentarse muy cerca y echarse encima para extraer la mínima sensación de calor de ese puñado de combustible. La chimenea era vieja, la había construido hacía mucho algún comerciante holandés y estaba revestida todo alrededor de pintorescos azulejos holandeses, diseñados para ilustrar las Escrituras. Había Caínes y Abeles, hijas del faraón; reinas de Saba, mensajeros angélicos que descendían posados en nubes semejantes a lechos de plumas, Abrahames y Baltazares, apóstoles embarcados en barquichuelos como cáscaras de nuez, cientos de figuras para atraer sus pensamientos; y sin embargo, ese rostro de Marley, siete años difunto, llegaba como la vara del antiguo profeta y se tragaba todo.[10] Si cada uno de esos tersos azulejos hubiese estado en blanco en un principio, con capacidad de formar en su superficie alguna pintura a partir de los fragmentos inconexos de los pensamientos de él, habría habido en todos una copia de la cabeza del viejo Marley.

BARENHAUS EDITORIAL

---

10 "Echó cada cual su vara, y se trocaron en serpientes; pero el cayado de Aarón devoró sus varas", *Éxodo*, VII.12.

—¡Tonterías! —dijo Scrooge; y caminó a través de la habitación.

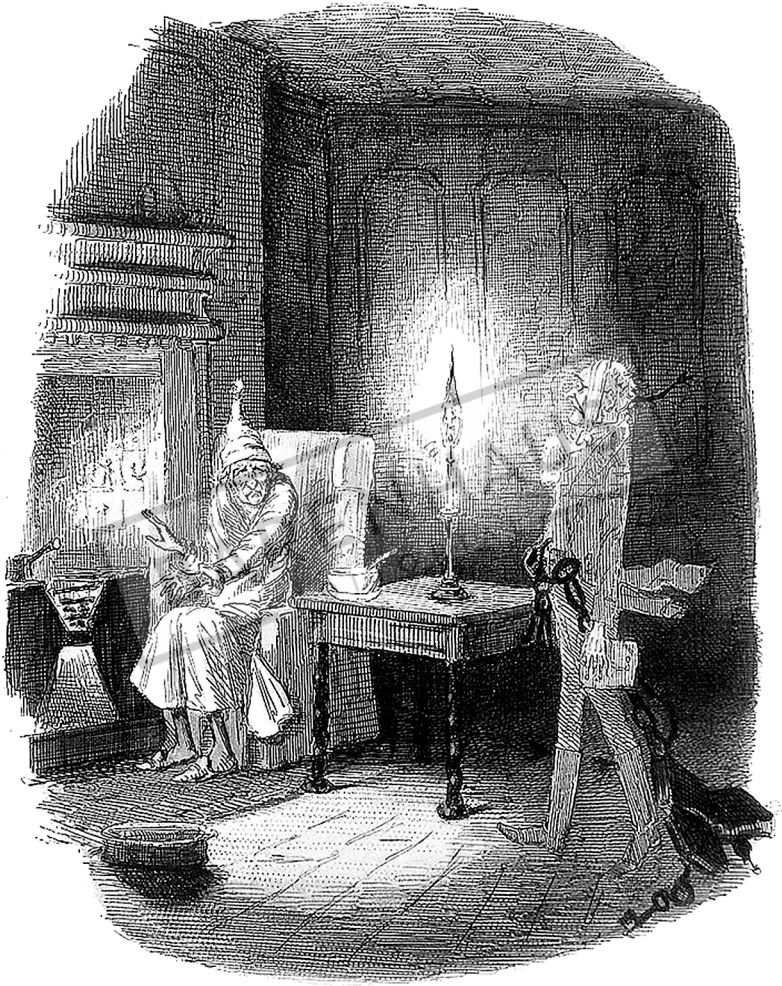
Después de varias vueltas, se sentó de nuevo. Al echar atrás la cabeza en la silla, posó casualmente la mirada en una campanilla, una campanilla fuera de uso, colgada en la habitación, que comunicaba para algún propósito ahora olvidado con un aposento del piso más alto del edificio. Fue con gran asombro, y con un extraño, inexplicable pavor, que, mientras miraba, vio que esa campanilla empezaba a oscilar. Oscilaba tan suave al principio que apenas si producía sonido; pero enseguida repicó con fuerza, y lo mismo hicieron todas las campanillas de la casa.

Eso habrá durado medio minuto, o un minuto, pero pareció una hora. Las campanillas cesaron como habían empezado, juntas. Las sucedió un ruido metálico, proveniente de abajo en las profundidades; como si alguna persona estuviera arrastrando una pesada cadena por encima de los barriles de la bodega del vinatero. Scrooge recordó entonces haber oído decir, en descripciones de fantasmas de casas embrujadas, que arrastraban cadenas.

—¡Siguen siendo tonterías! —dijo Scrooge—. No voy a creer en eso.

Le cambió el color, no obstante, cuando, sin la más mínima pausa, aquello atravesó la pesada puerta y pasó a la habitación frente a sus ojos. A su entrada, la llama moribunda dio un salto, como si exclamara: "¡Lo conozco, el Fantasma de Marley!", y volvió a caer.

BÁRENHAUS EDITORIAL



La misma cara: la mismísima. Marley con su coleta, el chaleco, las calzas y las botas habituales; las borlas de estas últimas erizadas, al igual que la coleta y los faldones de la chaqueta y el cabello. La cadena de la que tiraba la llevaba ceñida al centro. Era larga y estaba enrollada a su alrededor como una cola; y estaba hecha (pues Scrooge la observó con atención) de cajas metálicas para dinero, llaves, candados, libros mayores, escrituras y pesados monederos forjados en acero. Su cuerpo era transparente; así que Scrooge, al observarlo y mirar a través del chaleco, alcanzaba a ver los dos botones traseros de la chaqueta.

Scrooge había oído decir muchas veces que Marley no tenía entrañas, pero nunca hasta ahora lo había creído.

No, tampoco lo creía ahora. Aunque atravesara una y otra vez con la mirada al aparecido, y lo viera allí de pie frente a él; aunque sintiera la escalofriante influencia de sus ojos mortalmente fríos, y notara hasta la textura misma del pañuelo plegado y sujeto en torno a la cabeza y el mentón, envoltura que antes no había observado; seguía incrédulo y luchaba contra sus sentidos.

—¿Y ahora qué? —dijo Scrooge, cáustico y frío como siempre—. ¿Qué quieres de mí?

—¡Mucho! —la voz de Marley, no cabía duda.

—¿Quién eres?

—Pregúntame quién fui.

BÄRENHAUS EDITORIAL

BÄRENHAUS
EDITORIAL